CIERTÍSIMA LUZ

La clave de todo discurso sobre la vida eterna afecta ciertamente al tema de la esperanza, virtud tan escasa hoy, de modo que no provoca nunca la esperanza, en todo caso la apaga del todo con expectativas cargadas de ansiedad. La esperanza, en cambio, es una virtud que da aliento a lo cotidiano. La esperanza, como afirma santo Tomás, no es la espera de algo incierto, sino de algo ciertísimo, pero que no puede alcanzar la persona humana. La esperanza se me da. La esperanza cristiana es la esperanza de tener dentro a Cristo, que conduce a la vida eterna. «Cristo en nosotros, esperanza de la gloria», afirma san Pablo.

Uno de los tabúes de hoy es la muerte, no la muerte de los otros, que está siempre bajo los ojos de todos, a menudo incluso dramatizada. La muerte es transformada en tabú y ocultada la cercana muerte de la persona querida y de la de mía. En realidad, el pensamiento de la muerte es un pensamiento sapiencial, porque hace que nosotros disfrutemos mucho y en profundidad del hoy.

Es importante reflexionar sobre la muerte. Si yo me pongo ante la muerte, miro todo el arco de mi vida, que tiene un principio y un cumplimiento. Entonces la muerte se convierte en ese término que me obliga a llegar a ser yo mismo. La muerte, cuando llegue, afirma el teólogo Carlo Molari, me preguntará en qué me he convertido, si me he convertido en mí mismo. En la muerte cristiana, si yo me he convertido, si he crecido hasta la estatura de Cristo, si he alcanzado la estatura de Cristo.

Muerte e identidad están estrechamente unidas; quien no se interesa por la muerte no sabe ni siquiera quién es. Teresa de Lisieux, antes de morir dijo que estaba a punto de entrar en la luz. Este ingreso en la luz es una consecuencia de una vida vivida en la verdad de lo que se es. El Evangelio de Juan, en el pasaje del diálogo de Jesús con Nicodemo, afirma que «quien practica la verdad va hacia la luz»; quiere decir que quien tiene dentro de sí la lectura de la propia vida, con los ojos de Cristo (esta es la verdad: la noticia de ser a la luz de Cristo), va hacia la luz, la claridad, la sencillez de su profunda vocación a ser plenamente persona.

¿Qué será de nosotros? A esta pregunta le sigue una respuesta en la fe: nuestro destino es Cristo, ser en Cristo. Y esto se deriva de un sencillísimo atributo de Dios que, según Juan, es la esencia de Dios. Dios es amor, nos ha creado por amor y, como el amor de Dios no es una clepsidra que termina, Dios no cambia, su amor es para siempre, no puede terminar ni cambiar. Esta es *la ciertísima luz*.

En la medida en que nosotros entramos en una óptica de vida, según la cual todo es luz, también la muerte se vuelve el horizonte que ilumina el hoy. Nos hace sabios hoy y nos hace capaces también hoy de comprender que una jornada de sol es vida, que una contrariedad es vida; nos hace comprender que no existe la vida y la no vida, sino que todo es vida y será para siempre vida. Pero lo importante es saber transformar en vida las situaciones, aparentemente, de muerte.

Giuseppe Forlai, igs